

www.elboomeran.com

**Ludwig Winder**  
**EL DEBER**

TRADUCCIÓN  
DE RICHARD GROSS

**EDITORIAL PERIFÉRICA**

PRIMERA EDICIÓN: septiembre de 2014

TÍTULO ORIGINAL: *Die Pflicht*

El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación (comunicación) es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.



© Arco Verlag, Wuppertal

© de la traducción, Richard Gross, 2014

© de esta edición, Editorial Periférica, 2014

Apartado de Correos 293. Cáceres 10.001

[info@editorialperiferica.com](mailto:info@editorialperiferica.com)

[www.editorialperiferica.com](http://www.editorialperiferica.com)

ISBN: 978-84-92865-99-4

DEPÓSITO LEGAL: CC-215-2014

IMPRESIÓN: KADMOS

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

EL DEBER

La mañana del 15 de marzo de 1939, Josef Rada, un humilde funcionario del Ministerio de Tráfico en Praga, salió desprevenidamente de su casa para dirigirse a la oficina. Tenía mejillas de rosa y ojos serios de color azul agrisado. El tono rosáceo de su cara imberbe y redonda le daba un aspecto juvenil, pero los ojos serios, siempre afligidos, rodeados de un haz de pequeñas y afiladas arrugas, delataban su edad. Tenía cincuenta y dos años. Andaba a paso lento y cauteloso desde que ocho años atrás, siendo funcionario de una pequeña estación de ferrocarril al sur de Bohemia, contrajera una hernia al levantar una maleta pesada. Cargar con el equipaje no formaba parte de sus obligaciones, pero el único mozo que había en aquella remota estación de montaña era un hombre viejo y achacoso, y Rada quiso echarle una mano en su fatigosa tarea. Desde entonces, el que fuera aficionado al deporte

y hubiera practicado la gimnasia a lo largo de tres décadas, caminaba con el paso lento y cauteloso de un hombre que conoció tarde las trampas del cuerpo humano.

En la calle no se apreciaba nada insólito. Hacía una mañana fría; había nevado. Rada iba repasando mentalmente una tabla de tarifas que tenía que elaborar. Era un gran especialista en materia tarifaria; aun siendo auxiliar subalterno por no haber cursado la Universidad, no existían en su sección muchos expertos capaces de medírsele en ese campo. Confeccionaba las tablas más complejas, que su jefe, director de la sección, entregaba al ministro como obra y realización suyas. No buscaba reconocimientos ni alabanzas. Para quedar satisfecho le bastaba con que sus cálculos tuviesen el visto bueno de arriba.

Le esperaba una ardua tarea, pues la tabla pendiente de elaboración tenía que responder a una realidad que había cambiado trágicamente medio año atrás, cuando el sistema operativo del Ministerio fue desbaratado por completo. El Tratado de Múnich, es decir, la segregación de los Sudetes, había reducido de forma sustancial el área de competencias del departamento de Tráfico. Existían ahora menos direcciones regionales con las que tratar, pero había más instancias administrativas. Y, sobre todo, era preciso contar, para cualquier minucia, con la

conformidad del Reich alemán, que había asumido el control de la red ferroviaria en los territorios segregados. La comunicación con las autoridades germanas resultaba difícil, dado que éstas no perdían ocasión de poner trabas a la administración checa, ya sólo independiente en apariencia. El ministro y los jefes de sección andaban crispados, y los funcionarios subalternos vivían en carne propia los avatares de la situación.

Así y todo, Josef Rada continuaba siendo un trabajador sereno e infatigable después de que el *diktat* de Múnich hubiera dejado a la joven república y al pueblo checos a merced de Hitler.

Ya de adolescente contemplaba el mundo con ojos afligidos, pero nunca había sido miedoso o aprensivo. Cargado de una conciencia sensible, el punto de zozobra presente en su mirada nacía de una voluntad de cumplir a la perfección y sin tacha con los deberes que llevaba impuestos. Se sentía, quizá en exceso, responsable del bienestar de su familia y de la utilidad de su actividad de funcionario. Era inevitable que tan estricta conciencia del deber degenerara a veces en meticulosidad desorbitada; pero el talante de este hombre, centrado imperturbablemente en su modesto objetivo de vida, no dejaba ni siquiera a los burlones de sus colegas más opción que la de tratarlo con sumo respeto.

Cuando, dos minutos antes de las ocho, entró en su pequeño despacho situado en la apartada penumbra de un largo pasillo, tenía ya establecidos los puntos elementales de su agenda matinal. Durante el camino no se fijó en la nieve que caía, ni en los transeúntes, ni en la aciaga seriedad de casi todos los rostros, sólo vio los números que insertaría en la respectiva tabla. Comenzó a examinarlos, se debatió con ellos al ver que algunos eran falsos e insidiosos, mientras que otros surgían con demasiada facilidad y luego resultaban ser fuegos fatuos; era una labor cansina, muy parecida a un forcejeo físico. Al cabo de una hora sintió el desmayo del cuerpo y tuvo que concederse un respiro. Levantó la mirada. Sólo en ese instante se percató de que los tres colegas con quienes compartía el despacho habían desaparecido.

Su ausencia le causó extrañeza. No solían salir al descanso antes de las once. Frunció su baja frente pero al cabo de dos minutos volvió a la tarea. No quería dejarse distraer. Pocos minutos después Pytlík, el más joven de sus colegas, entró en tromba, se precipitó hacia la ventana y la abrió de golpe. Una bocanada de frío invadió la estancia. Y de pronto se oyó un chirriar y un traquetear ensordecedores desde la calle.

—¿Qué ocurre, Pytlík? —exclamó Rada, sobresaltado.

El joven no contestó.

—¿Qué pasa? ¿Por qué deja entrar el frío? —insistió Rada.

La cabeza rubia, envuelta en un denso remolino de copos de nieve, permanecía inmóvil en el hueco de la ventana. El estruendo de la calle amainaba, se alejaba. Pytlík se dio la vuelta. Estaba pálido como un cadáver.

—Han llegado —dijo.

—¿Quiénes han llegado?

—Los alemanes... Con artillería pesada, con tanques.

—¿Qué dice usted?

El joven, alto y fuerte, parpadeó, todavía cegado, hacia el desprevenido colega y dijo:

—¿Todavía no lo sabe, señor Rada? Ha llegado Hitler. Sus tropas están ocupando Praga.

Cerró la ventana y salió corriendo al pasillo.

Rada oyó cómo sus pasos se extinguían, se puso de pie y dijo como si el joven colega aún estuviera delante:

—No es posible.

Bajó la mirada y vio la tabla inconclusa, los números que había calculado, los siete u ocho borradores que había elaborado y desechado por algún error. Con gesto desvalido apartó los papeles hacia un extremo de la mesa y se acercó a la ventana.

En los cristales repiqueteaban granos de hielo.



El intenso golpeteo caía en medio de un silencio enorme. Durante varios segundos, Rada confió en que el joven colega hubiera dado crédito a un falso rumor. Una mujer que bregaba con el vendaval de nieve pasaba frente al edificio tirando de una criatura. Dos hombres que doblaban la esquina parecían charlar desenfadadamente. Un carro de carbón se detuvo ante el portal. Rada pensó: Quizá se trate de tanques nuestros. A veces ocurre que nuestros tanques recorren las calles. Al momento siguiente se le paró el corazón. Vio una bandera con la esvástica. Ondeaba bajo el tejado de la cuarta casa, al otro lado de la calle. Serpenteaba en medio del vendaval, y Rada creyó oír cómo crujía. Era de un tamaño desafiante y no comprendió cómo no la había advertido desde el principio.

Nunca había visto una bandera con la esvástica. Se dio la vuelta y regresó a su mesa. Entonces es verdad, pensó. Entonces Havelka tiene razón.

Semana tras semana, Rada y su colega Havelka, un poco más joven que él, habían dado vueltas a la pregunta que inquietaba al pueblo checo desde el otoño anterior: ¿ocuparía Hitler el pequeño y amputado país que les había quedado a los checos después del Tratado de Múnich?

Havelka, ya en otoño, había contestado afirmativamente a la pregunta. Rada, en cambio, sostenía una y otra vez que aquel temor era absurdo por-

que, en primer lugar, la Checoslovaquia mutilada y privada de sus fronteras naturales dependía, desde el Tratado de Múnich, económica y políticamente de Alemania, de manera que una ocupación del país no aportaba más ventajas a los alemanes; y en segundo lugar, Hitler había declarado solemnemente que la cesión de los Sudetes sería la última de sus reivindicaciones territoriales.

—¿Y a usted la palabra de Hitler le tranquiliza?  
—había preguntado Havelka.

Rada estaba en su mesa sin moverse. Vio entrar a sus colegas Havelka y Beran. Abrieron los cajones de sus mesas y examinaron su contenido sin decir nada.

El pedante de Havelka no dijo que tenía razón. El hecho de que se hubiera sentado a su mesa sin pronunciar palabra y hubiese comenzado a explorar afanosamente el contenido de los cajones, cavando y paleando con las manos, embargó a Rada de una desesperación que no había sentido nunca. La lentitud onírica de los gestos del canoso Beran, que alisaba con el pulgar de la mano derecha cada papel que extraía de la mesa, ahondaba esa desesperación. Al cabo de unos minutos, Havelka se dirigió a la estufa de cerámica y quemó algunos papeles. Después continuó su búsqueda.

Entró el joven Pytlík y, al ver los cajones abiertos de par en par, dijo:

–Yo también tengo que hacerlo. –Mientras examinaba su mesa, dijo–: El edificio está bajo vigilancia. Hay soldados alemanes a la entrada. En la presidencia está la Gestapo.

El canoso Beran preguntó:

–¿Tendré que quemar mi carnet del partido?

El joven Pytlík soltó una risa atormentada y dijo:

–Pensé que usted sólo estaba afiliado a la asociación de pescadores de caña del Moldava, señor Beran.

El anciano se limitó a contestarle con toda calma:

–Le deseo que no pierda su buen humor en los tiempos que vienen, Pytlík.

–Por favor, déjense de conversaciones inútiles –gritó Havelka, quien ojeaba sus papeles con afán creciente–. Pueden venir en cualquier momento.

El viejo Beran asintió con la cabeza, se dirigió a la estufa y tiró su carnet al fuego.

–Por lo que hay que pasar... –masculló; se sentó e introdujo en los cajones vacíos todos los papeles que había sometido a examen–. Y usted, Rada, ¿no tiene nada que quemar?

–Aquí no, tal vez en casa –contestó éste.

Havelka, arrodillado ante la estufa, dijo:

–No es cierto. En el cajón del medio tiene usted algo peligroso. Incluso muy peligroso.

Rada abrió el cajón. Ahí estaban las fotografías enmarcadas del difunto presidente Masaryk y del

presidente Beneš, que desde el otoño vivía en el extranjero.

–Alta traición –dijo Havelka.

–Démelas –dijo el joven Pytlík–, las llevo al desván. Allí hay un gran baúl con todos los retratos que hasta el otoño adornaban las paredes.

Cogió las dos fotografías, las metió en un periódico de gran formato y salió de puntillas.

A las once llegó el jefe de la sección y dijo:

–Estén preparados, caballeros. Espero que no haya cambios en nuestra área, pero nunca se sabe.

Después del descanso del mediodía, entraron tres hombres de paisano que conversaban en alemán. Rada y sus colegas se pusieron de pie. Creían que se trataba de la Gestapo, pero se tranquilizaron al ver que los seguía un alto funcionario de la cancillería, el consejero ministerial doctor Fobich. Paseaba, al parecer, a los representantes de las autoridades ferroviarias alemanas por las secciones del Ministerio.

El doctor Fobich dijo en un alemán fluido:

–Esta oficina forma parte de la sección de tarifas, caballeros. Nos falta espacio, por lo que los funcionarios de una misma sección tienen que trabajar en distintas plantas y hasta en diferentes edificios. Los otros negociados de la sección de tarifas se encuentran en la cuarta planta. –Mientras hablaba, miraba a la cara a uno de los extranjeros, un

tipo pelirrojo que rondaba los cuarenta y vestía un corto abrigo de pieles.

—¿Es posible comunicarse en alemán con la gente? —preguntó el pelirrojo.

El consejero ministerial checo dijo:

—Por lo general no muy bien.

El pelirrojo carraspeó, dio media vuelta y se marchó. Los demás lo siguieron. El último en abandonar la estancia fue el doctor Fobich. Ya en el umbral, volvió la cabeza y, sonriendo, movió la mano en gesto de saludo a Rada, quien lo seguía con la vista.

Los cuatro funcionarios se sentaron.

—Usted conoce bien al consejero ministerial Fobich, ¿verdad, señor Rada? —dijo el joven Pytlík.

Rada no contestó.

Cogió, con manos imperceptiblemente temblorosas, las tablas de tarifas a las que se había dedicado por la mañana. Durante varios minutos, sus ojos no le respondían; después se sobrepuso a la agitación que lo había embargado y comenzó a trabajar. Los tres colegas comentaban en voz baja —¿estaría la Gestapo escuchando tras la puerta?— los peligros que se cernían sobre ellos. Rada no participó en la conversación. No deseaba ver ni oír nada.

A las seis, consumadas las horas de oficina, sus colegas se marcharon. Rada fue el último en salir. Al abandonar el edificio tuvo que enseñar su legi-

timación a la guardia. Desde el tejado del Ministerio ondeaba una bandera con la esvástica. Rada se fue a casa.